

Demagogia

Demagogy

Sergio Ortiz Leroux^{1*}

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

ortizleroux@hotmail.com

Recibido / received: 21/02/2017

Aceptado / accepted: 13/03/2017

DOI: <https://doi.org/10.20318/economia.2017.3649>

Resumen

La presente voz sobre “demagogia” ofrece una aproximación sintética y panorámica a la definición, características mínimas e historia intelectual de esta noción. La palabra demagogia significa, literalmente, el arte o la técnica de guiar o conducir al pueblo. Ese arte y técnica son estudiados en dos momentos distintos: a) la relación entre democracia y demagogia en la antigua Grecia, y b) el renacimiento de la demagogia en las sociedades modernas y contemporáneas en el marco de fenómenos como la manipulación de las masas y el desencanto hacia las democracias liberales contemporáneas. En el apartado final se ofrecen dos respuestas distintas al sueño demagógico: el neoliberalismo y el republicanismo.

Palabras clave

Demagogia, democracia, pueblo, desencanto democrático, neoliberalismo, republicanismo

Abstract

The word “demagogy” presented offers a synthetic and panoramic approach to the definition, minimum characteristics and intellectual history of this notion. The word demagogy literally means: the art or technique of guiding or leading the people. This art and technique are studied in two different moments: a) the relationship between democracy and demagogy in Ancient Greece, and b) the renaissance of demagogy in the context of phenomena such as the manipulation of the masses and disenchantment with contemporary liberal democracies. In the final section, two different answers are offered to the demagogic dream: neoliberalism and republicanism.

Keywords

Demagogia, democracy, people, democratic disenchantment, neoliberalism, republicanism

SUMARIO. 1. Definición. 2. La demagogia: mínimo común denominador. 3. Aristófanes, Platón y Aristóteles: la demagogia de los antiguos. 4. Demagogia de los modernos: manipulación de las masas y desencanto democrático. 5. Respuestas a la demagogia: ¿neoliberalismo o republicanismo?

^{1*} Doctor en Ciencia Política por la Flacso-México. Profesor investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores (nivel I). Forma parte del Grupo de Investigación de Teoría y Filosofía Política de la UACM. Ha publicado numerosos artículos y capítulos de libros en el campo de la teoría política. Es autor del libro: *En defensa de la República. Lecciones de teoría política republicana* (2014) (ortizleroux@hotmail.com).

1. Definición

La palabra demagogia ha tenido y tiene actualmente diversos significados. Si atendemos a su etimología, proviene del griego *δημος* (*demos* - pueblo) y *ἄγω* (*ago* - conducir, guiar). De suerte que la voz demagogia significa, literalmente, el arte o la técnica de guiar o conducir al pueblo. Pero si consideramos sus distintas acepciones en la historia del pensamiento político, podemos identificar, a grandes pinceladas, dos definiciones: una genérica y otra específica. Como término genérico, la demagogia es entendida como un conjunto de prácticas políticas, técnicas de persuasión o como un “estilo” político y comunicativo consistente en ganarse el favor del pueblo. El demagogo pretende conquistar la simpatía popular mediante halagos, recursos retóricos, argumentaciones simples o falaces, mentiras, promesas inalcanzables, discursos incendiarios, lugares comunes y, en el extremo, chantajes sentimentales. El teatro de su singular puesta en escena puede ser tanto la plaza pública y los medios de comunicación masivos (radio y televisión), como el ágora virtual de las redes sociales (Twitter, en particular). A fin de cuentas, la intencionalidad del mensaje suele ser la misma independientemente de los espacios o plataformas que se dispongan: enamorar, encantar o seducir al pueblo.

Ahora bien, como concepto específico, la palabra demagogia es representada como una forma de gobierno o, si se quiere, un régimen político que nace de la crisis, decadencia o excesos del gobierno del pueblo. La *democracia demagógica* se distingue precisamente por el gobierno despótico de las clases inferiores o de los muchos pobres, quienes gobiernan atendiendo el interés particular de la multitud desfavorecida sin preocuparse por el interés común de toda la comunidad política. Se trata de un gobierno despótico o tiránico, y no republicano, ya que los muchos pobres gobiernan en primera persona y sin mediación alguna, sea de las leyes o de las instituciones políticas, en su propio beneficio. El pueblo, en este sentido, se visualiza a sí mismo no como la suma de los individuos que lo conforman, sino como un cuerpo que se reconoce y actúa colectivamente mediante una voluntad única, infalible e intransferible.

En sus orígenes, la noción demagogia tenía una connotación neutral, que indicaba simplemente la “guía política de la ciudad”, es decir, la actividad política desarrollada en posiciones de mando (Canfora, 1994, pp. 9-12). El demagogo pretendía conducir o guiar al pueblo, ya fuera recurriendo a métodos valorativamente aceptables, o tomando veredas reprobables. La demagogia, entonces, sería buena o mala dependiendo de las intenciones del demagogo en turno o de las circunstancias específicas del momento. Sin embargo, con el advenimiento de la democracia en la antigua Grecia, especialmente en Atenas, la demagogia se convierte rápidamente en una “mala palabra”, en un epíteto que sirve para calificar de manera negativa una práctica política asociada a la mentira, la manipulación y la búsqueda de consensos fáciles. Connotación peyorativa que, por cierto, se sigue utilizando en la actualidad para descalificar a los adversarios políticos o para condenar cualquier discurso o práctica política de un líder, partido o gobierno que busque congraciarse incondicionalmente con el pueblo.

2. La demagogia: mínimo común denominador

A lo largo de la historia, se pueden identificar diferentes formas de demagogia. En la Antigüedad griega, por ejemplo, filósofos como Platón y Aristóteles asociaron a la demagogia, como vimos en el apartado anterior, con la degeneración de la democracia. Entre democracia y demagogia parecía existir un vínculo indisoluble ligado al papel que jugaron algunos oradores sin escrúpulos, también llamados demagogos, en el funcionamiento *de facto* de la asamblea legislativa de los

ciudadanos de la antigua Atenas (*ecclesia*). Con Nicolás Maquiavelo, el arte de la demagogia asume nuevos derroteros en la figura paradigmática del Príncipe moderno, quien no tiene ningún recato moral a la hora de poner en práctica una serie de técnicas demagógicas (mentiras, engaños, promesas inaccesibles, etcétera), que operen a manera de medios para su propósito final: conquistar y conservar viejos o nuevos Principados. La demagogia adquiere sentido en la Modernidad como instrumento de poder (Crespo, 1988, p. 54). En nuestros días, la palabra demagogia, comúnmente asociada a fenómenos políticos como el “populismo, bonapartismo y cesarismo” (Pazé, 2016, p. 123)², es relacionada con declaraciones y comportamientos de líderes, caudillos y gobernantes políticos de izquierdas y derechas, que suelen llenarse la boca de la palabra pueblo cada vez que tienen oportunidad de dirigirse a la plaza pública real o virtual, con el objeto de justificar el rumbo de sus acciones y decisiones políticas.

Más allá de sus evidentes diferencias, pueden identificarse algunos elementos en común en estas formas históricas de realización de la demagogia. Paso a enunciar lo que, a falta de un mejor nombre, llamaré el “mínimo común denominador” de la demagogia: a) la demagogia exalta a un *líder o caudillo populista*, un hombre providencial y carismático que resolverá, de una vez y para siempre, los problemas ancestrales del pueblo. En palabras de Max Weber: “Debe entenderse por ‘carisma’ la cualidad, que pasa por extraordinaria, de una personalidad, por cuyas virtud se le considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas (...) o como enviados del dios, y como ejemplar, y en consecuencia, como *jefe*, caudillo, guía o líder” (Weber, 2004, p. 193); b) el demagogo no solo usa y abusa de la *palabra*, más bien se apodera de ella: “La palabra es el vehículo específico de su carisma (...) se siente el intérprete supremo de la verdad general y también la agencia de noticias del pueblo. Habla con el público de manera constante, atiza sus pasiones, ‘alumbrando el camino’, y hace todo ellos sin limitaciones ni intermediarios” (Krauze, 2005, p. 10); c) el demagogo *fabrica la verdad* ya que interpreta mejor que nadie la voz “profunda” del pueblo, eleva esa versión al rango de verdad oficial y sueña con decretar la verdad única³; d) el demagogo *desprecia el orden legal e institucional*, pues las leyes y las instituciones suelen ser obstáculos que dificultan o impiden que el líder populista se ponga en contacto de manera directa e inmediata con el pueblo; y e) el liderazgo demagógico

² Demagogia es una voz antigua que se encuentra estrechamente relacionada con categorías nuevas como populismo, bonapartismo y cesarismo democrático. Si bien no significan lo mismo, aluden a fenómenos políticos en alguna medida similares. La demagogia es una técnica política que suele ser usada por regímenes o movimientos populistas, bonapartistas y cesaristas. El populismo es un movimiento político heterogéneo caracterizado por la aversión a las élites económicas e intelectuales, por la denuncia de la corrupción política y por su constante apelación al pueblo, entendido como un amplio sector interclasista al que castiga el Estado (Molina, 2007: 99); el bonapartismo, por su parte, describe a un tipo de liderazgo político autocrático con rasgos carismáticos y nociones claras sobre el estilo y la estructura de gobierno. Deriva de los reinados de Napoleón Bonaparte (1769-1821) y su sobrino Napoleón III (1808-1873) (Bealey, 2003, p. 44); y el cesarismo democrático alude a una forma de ejercicio de la política y el gobierno centrada en la autoridad casi suprema de un jefe militar o líder civil, al que se le atribuyen rasgos heroicos, capacidad personal y una gran vocación social. Este jefe militar o civil, que surge en momentos de inflexión política, se presenta como la alternativa para regenerar al conjunto de la sociedad o conjurar reales o hipotéticas fracturas internas y/o amenazas externas (Vallenilla Lanz, 1990).

³ Existe una diferencia importante entre el demagogo y el “buen político” en lo que corresponde al uso de la palabra y su relación con la verdad, pues mientras el demagogo se vale de la palabra y la retórica para deformar la realidad, para ser “indiferente” a la verdad y, por tanto, para menospreciar los fenómenos que emergen de la realidad, el “buen político” usa las palabras como recurso retórico para decir las cosas tal como son, para interpretar y complejizar la realidad, para ofrecer senderos que se dirijan a cambiar el estado de cosas existente. Los demagogos, por tanto, hacen un uso impropio e intempestivo del arte de la retórica.

descansa sobre la base de un pueblo que se representa a sí mismo como un cuerpo colectivo homogéneo, trascendental y sin divisiones. La voz del pueblo, en consecuencia, es la voz de Dios: “*Vox populi, vox dei*”.

Estos atributos o características mínimas de la demagogia aparecen tanto en sus realizaciones antiguas como en sus expresiones contemporáneas, sea entendida ésta como un conjunto de prácticas políticas y/o técnicas de persuasión dirigidas a ganarse el favor del pueblo o como una forma de gobierno que nace de la degeneración de la democracia. Pasemos ahora a ilustrar la demagogia de los antiguos y la de nuestros días.

3. Aristófanes, Platón y Aristóteles: la demagogia de los antiguos

La palabra demagogia fue usada por primera vez en la comedia *Los caballeros* de Aristófanes (2001), escrita en el año 424 a.C., donde el sátiro griego hace una crítica desenfundada a Cleón, uno de los hombres más poderosos de la antigua Atenas democrática. Un demagogo, según Aristófanes, no debe ser “ni honesto ni educado; tiene que ser ignorante y canalla” (*Los caballeros*, 185); su voz, igualmente, debe ser “horrible y chillona” y su naturaleza “intratable y perversa” (*Los caballeros*, 218). Solo así tendrá todo lo necesario para gobernar. *Demos* (pueblo), por su parte, es un hombre no muy listo al que se le puede ablandar “con palabras que quiere escuchar” (*Los caballeros*, 215) y al que se le puede llevar fácilmente a la ruina porque “le encanta ser halagado y engañado por cada orador que engrandece” (*Los caballeros*, 1115).

Para Aristófanes, el proceso de progresiva decadencia de la mítica democracia griega, iniciado con Pericles, alcanza su punto más bajo con Cleón. Para Platón, por el contrario, no se puede hablar propiamente de “decadencia”, ya que la democracia es un régimen por definición malo. Su crítica, por tanto, no se dirige a una particular realización histórica del ideal democrático, sino a la democracia en sí misma, a sus principales supuestos teóricos. Platón reduce toda democracia a demagogia, pues su mirada no alude a un aspecto procedimental determinado, sino a la concepción del mundo y del hombre que está implícita en sus presupuestos (Pazé, 2016, pp. 115-116). Su teoría del conocimiento desemboca en una filosofía política, cuyo argumento central respecto al gobierno de la *polis* es la necesidad de que el poder y la verdad vayan unidos en la persona del gobernante (el filósofo-guardián), quien a manera de un “patrón del navío” está provisto de la habilidad y experiencia necesarias para gobernar el Estado, pues el pueblo a “tripulación” conduce sus asuntos de acuerdo con los impulsos, los sentimientos y los prejuicios. “No tiene ni la experiencia ni los conocimientos para una sólida navegación, es decir, carece de juicio político” (Held, 1992, p. 45)⁴.

En el libro VIII de *La República*, Platón presenta el proceso de corrupción de esa *polis* perfecta gobernada por los guardianes-filósofos, y expone los escalones

⁴ A distancia de Protágoras, quien desarrolla la idea de *isonomía* no solamente como igualdad ante la ley, sino sobre todo como *igualdad esencial de juicio político* de todos los hombres, Platón sostiene que el pueblo carece de juicio político, por lo que es incompetente para los asuntos públicos. El mito que Protágoras narra personifica excepcionalmente bien el tema de la igualdad esencial de juicio político entre los hombres. Se trata de un mito de creación y origen de la raza humana: “Zeus manda a sus emisarios y entrega a hombres y animales todo tipo de capacidades (fuerza, rapidez e inteligencia, etcétera), aunque de forma desigual entre ellos. Entonces, Hermes pregunta a Zeus a quiénes de entre los hombres debía repartir el sentido de la moral y de la justicia: ‘A todos –dijo Zeus– y que todos sean partícipes. Pues no habría ciudades, si sólo algunos de ellos participaran, como de los otros conocimientos’” (Del Águila, 1998, pp. 21-22).

de esa decadencia. En efecto, la degeneración de la aristocracia o gobierno de los mejores pasa por cuatro formas de gobierno defectuosas: la timocracia o gobierno de las ambiciones, la oligarquía o gobierno de la riqueza, la democracia o régimen de la libertad en exceso y la tiranía o gobierno del sometimiento pleno (Abellán, 2011, pp. 62-66). La timocracia surge por discordias en el gobierno de “los mejores” y se caracteriza por el predominio del elemento impulsivo del alma. De la timocracia surge la oligarquía, régimen basado en la tasación de las fortunas donde mandan los ricos. De la oligarquía, según Platón, surge la democracia (*República*, 557a): “Entonces la democracia surge, cuando los pobres, tras lograr la victoria, matan a unos, destierran a otros, y hacen partícipes a los demás del gobierno y las magistraturas, las cuales la mayor parte de las veces se establecen en este tipo de régimen por sorteo” (Platón, 2011, p. 268). La democracia es un régimen anárquico donde abunda la libertad de palabra y de hacer cada uno lo que le da la gana (*República*, 558a): “Así pues: no tener obligación alguna de gobernar en este Estado, ni aun cuando seas capaz de hacerlo, ni de obedecer si no quieres, ni entrar en guerra cuando los demás están en guerra, ni guardar la paz cuando los demás la guardan, si no lo deseas; aun cuando una ley te prohíba gobernar y ser juez, no por eso dejar de gobernar y ser juez” (Platón, 2011, p. 269).

Este deseo insaciable de libertad hunde a la democracia y de su naufragio surge el régimen tiránico, pues el exceso de libertad y la anarquía invaden todas las esferas de la vida y generan un régimen de esclavitud. Ahí donde se asigna igualdad similarmente a las cosas iguales y a las desiguales, ahí donde no existen distinciones y no se requieren competencias especiales para desempeñar funciones públicas, surgen los demagogos. La democracia, que es sinónimo de demagogia según la teoría antidemocrática de Platón, rinde honores a alguien con solo que diga que es amigo del pueblo.

Aristóteles, por su parte, desarrolla en la *Política* una auténtica teoría de la demagogia, pues, a diferencia de Platón, sí elabora una teoría sobre los factores institucionales que favorecen el ascenso y éxito de jefes-pueblo sin escrúpulos (Pazé, 2016, p. 119). La demagogia no solo es un estilo político del pueblo, sino es, sobre todo, una forma específica de gobierno: la forma corrupta o degenerada de la democracia que lleva a la institución de un gobierno despótico de las clases inferiores o los muchos, que gobiernan en nombre de la multitud (Zucchini, 1987, p. 440).

La primera característica que distingue a la democracia “demagógica” de otras formas de gobierno de los muchos⁵ es que en ella la soberanía o suprema autoridad recae en el pueblo y no en la ley (*Política*, 1292a): “Otra forma de democracia es en todo como la anterior, excepto que es el pueblo y no la ley el soberano. Esta situación se produce por obra de los demagogos. El demagogo no surge en las democracias regidas por la ley, sino que los mejores de entre los ciudadanos están en el poder; pero los demagogos nacen ahí donde las leyes no

⁵ Aristóteles establece en la *Política* una escala de democracias atendiendo a los requisitos necesarios para ser ciudadanos y al sometimiento (o no) a la ley. En esta escala, la primera y más antigua forma de democracia es la democracia moderada, en la que se precisa tener un cierto patrimonio para poder aspirar a los cargos públicos. La segunda forma consiste en que participan de los cargos todos los ciudadanos que tengan padre y madre ciudadanos, pero gobierna la ley. La tercera forma de democracia es aquella en la que todos los ciudadanos pueden ocupar los cargos, pero aquéllos no van a los cargos dado que no disponen de ocio. La cuarta forma de democracia, la democracia demagógica o extrema, es aquella en la que todos los cargos están abiertos a todos: los ricos, que frecuentemente no participan en la Asamblea pues se ocupan de sus propios negocios, y los pobres, que disponen del ocio necesario para ello pues son remunerados en los cargos. Por ello, la masa de los pobres, del pueblo, es la que manda, no la ley (Abellán, 2011, p. 78).

son soberanas y el pueblo se convierte en un monarca compuesto de muchos miembros, porque los más son soberanos no individualmente, sino en conjunto” (Aristóteles, 2000, p. 114). El *demos* reunido en asamblea toma decisiones en primera persona y para ello emite decretos (*psephismata*), es decir, normas individuales e inmediatas que operan en contra del carácter general y abstracto de la ley (*nomoi*).

Otra característica de la democracia demagógica es que en esta peculiar forma de gobierno “los más son soberanos no individualmente, sino en conjunto”. El *demos* se ve a sí mismo como un cuerpo y gobierna como un único conjunto. Ese conjunto que toma cuerpo en nada se distingue del monarca y el tirano. El reino de los demagogos, según Aristóteles, degenera, inevitablemente, en tiranía (*Política*, 1292a): “un pueblo de esta especie, como si fuera un monarca, trata de gobernar monárquicamente al no sujetarse a la ley y se convierte en un déspota (...) Un régimen de esta naturaleza es a la democracia lo que la tiranía es a los regímenes monárquicos. Su espíritu es el mismo, y uno y otro régimen oprimen despóticamente a los mejores ciudadanos. Los decretos del pueblo son como los mandatos del tirano; el demagogo en una parte es como el adulador en la otra, y unos y otros tienen la mayor influencia respectivamente: los aduladores con los tiranos, y los demagogos con pueblos de esta especie” (Aristóteles, 2000, pp. 114-115).

4. Demagogia de los modernos: manipulación de las masas y desencanto democrático

En las sociedades modernas y contemporáneas, la demagogia ha sido recuperada de dos maneras ligadas a sus acepciones históricas: por un lado, como un conjunto de prácticas o técnicas de persuasión usadas por ciertos líderes autocráticos, populistas y cesaristas que intentan conquistar a grandes grupos por medio de una hiperbólica oratoria y una argumentación simple o falaz; y, por el otro, como una forma de ejercicio de la política, el poder y el gobierno asociada a la crisis y posterior desencanto hacia las democracias liberales realmente existentes en Europa, Norteamérica y América Latina a finales del siglo XX y principios del XXI.

Durante el siglo XX, la demagogia fue uno de los recursos de manipulación por excelencia de la sociedad de masas. Regímenes totalitarios de izquierda y derecha, como el estalinismo soviético y el nazismo alemán; dictaduras militares de Europa continental y América Latina de la segunda mitad del siglo XX, así como gobiernos civiles y autoritarios del mundo entero recurrieron a mecanismos y técnicas de seducción y manipulación de la población, especialmente la más pobre. La instrumentalización de las masas se llevó a cabo, entre otras cosas, gracias al aporte de nuevas técnicas de persuasión y manipulación de las conciencias individuales como la propaganda y publicidad indiscriminadas en radio y televisión, que lograron establecer un vínculo subjetivo entre el líder demagogo y la masa del pueblo cargado de fuertes dosis de servidumbre voluntaria, sadismo y masoquismo (Zucchini, 1987, p. 440). En adelante, la demagogia pasó de ser un asunto abordado exclusivamente por disciplinas como la filosofía o la ciencia política a ser un problema estudiado por campos disciplinares como la sociología, la psicología y, sobre todo, el psicoanálisis. A raíz de su vínculo con la subjetividad humana, la demagogia se cargó de nuevos significados y se llenó de nuevos contenidos. La soledad del individuo-masa, la apatía política de los ciudadanos occidentales, la enajenación del hombre unidimensional y el hiper-realismo de las sociedades capitalistas e industriales, comenzaron a ser vistas como probables hipótesis explicativas de la emergencia de viejos y nuevos liderazgos de corte demagógico o populista.

A finales del siglo XX y principios del XXI, la demagogia ha reaparecido con nuevos bríos. Al igual que en la Antigüedad clásica, la crisis, corrupción y desencanto hacia la democracia ha sido el caldo de cultivo para la aparición de nuevos demagogos, que hoy en día aparecen vestidos bajo el ropaje aparentemente bondadoso del discurso “populista”⁶. Diferentes conjeturas pueden ensayarse para explicar las fuentes del actual desencanto democrático: a) el trastocamiento, advertido por Luigi Ferrajoli (2011), de la relación tradicional entre política y economía; no se tiene ya el gobierno público y político de la economía, sino el gobierno privado y económico de la política; b) la crisis del sistema legal del Estado, que ha llevado a que el “imperio de la ley” se haya extendido de manera muy irregular por todo el territorio estatal y todas las relaciones sociales (O’Donnell, 1999); c) la disociación entre legalidad y confianza democráticas, que se ha traducido en la formación de una serie de poderes que dibujan los contornos de una “contrademocracia” (Rosanvallon, 2006); d) la erosión de la democracia como mecanismo de cohesión social, resultado, entre otras cosas, de la pobreza y la escalada de las desigualdades de ingresos y patrimonios en Europa y América Latina (Piketty, 2014); e) la presencia de ciudadanías de baja intensidad y sociedades civiles frágiles; y f) la pérdida de credibilidad de los valores democráticos entre las nuevas generaciones de jóvenes, sobre todo aquellas nacidas en las vísperas del tercer milenio.

En este ambiente de aceleradas mutaciones de orden político, económico, social y cultural que experimentan las democracias liberales contemporáneas se ha instalado nuevamente el fantasma de la demagogia. Ese malestar democrático ha pasado del ámbito de las percepciones sociales y los estudios de opinión al campo de los proyectos, acciones y decisiones políticas. El triunfo del “Brexit” (neologismo creado para referirse a la salida del Reino Unido de la Unión Europea) en el referéndum del 23 de junio del año pasado y la muy reciente victoria del candidato republicano Donald Trump en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos del 8 de noviembre del 2016, son evidencias más o menos transparentes de que la demagogia ha ganado derecho de piso hoy en día en nuestras sociedades. El éxito del demagogo Trump es prueba de que ni el régimen político ni los ciudadanos de Estados Unidos son inmunes a la creencia de que para transformar la realidad basta la voluntad omnipotente del individuo carismático y providencial. Donald Trump y el pueblo norteamericano encarnan las perlas de conducta de las figuras del “demagogo” y el *demos* satirizadas con delicadeza por Aristófanes en *Los caballeros*: el candidato y ahora presidente Trump no es “honesto ni educado”, es “ignorante y canalla”, su voz es “horrible y chillona” y su naturaleza “es intratable y perversa”. Por su parte, el pueblo norteamericano (por lo menos, esa proporción significativa que le votó masivamente y lo llevó a la Casa Blanca), demostró no ser “muy listo”, fue ablandado “con palabras que quería escuchar” y fácilmente será llevado a la ruina porque “le encanta ser halagado y engañado por el orador al que engrandecen”.

Dos botones significativos ilustran el uso de la demagogia por parte del presidente Trump: su lema de campaña: “Make America Great Again”, y un párrafo

⁶ Entre demagogia y populismo existen diversos vasos comunicantes, ya que aluden a fenómenos similares. No es éste el lugar para profundizar en sus semejanzas y diferencias. Sin embargo, no está de más enunciar algunas de sus semejanzas y diferencias: entre las primeras destacan: a) presencia de un líder carismático y providencial, b) uso y abuso de la palabra, y c) desprecio al orden legal e institucional; entre las segundas sobresalen: el populista y no necesariamente el demagogo, a) usa discrecionalmente los fondos públicos, b) moviliza a los grupos sociales, y c) reparte directamente la riqueza. Para profundizar en las características básicas del populismo, especialmente el latinoamericano, consultar: Gallego (2006, pp. 271-285).

del discurso de su toma de posesión: “Today we are not merely transferring power from one Administration to another, or from one party to another – but we are transferring power from Washington, D.C. and giving it back to you, the American People”⁷. Millones de ciudadanos norteamericanos, especialmente grandes segmentos del electorado blanco, de bajos ingresos y poca escolaridad, se dejaron seducir o encantar por sus palabras altisonantes, mentiras, promesas de grandeza, lugares comunes y argumentaciones simples y fáciles. La magia y el carisma del demagogo operaron como la medicina perfecta para aliviar el dolor provocado por la difícil condición económica y social en la que se encontraban. Solo en el futuro sabremos si al final del guion de esta historia, resultarán (o no) compatibles, por un lado, el presidente demagogo y su caudal de decretos discriminatorios con fuerte tufillo de proselitismo electoral, y, por el otro, el excepcionalismo de un régimen político sustentado históricamente en los pesos y contrapesos institucionales.

5. Respuestas a la demagogia: ¿neoliberalismo o republicanismo?

La democracia, como ha advertido Cornelius Castoriadis (2005), es una forma de gobierno trágica. La tragedia de la democracia consiste en que no cuenta con ningún seguro de vida contra sus propios desencantos. En efecto, en momentos de crisis económica prolongada, con sus secuelas esperadas de anomia y malestar social; en situaciones en las cuales el conflicto entre los grupos y las clases, las etnias o las nacionalidades, las religiones y las ideologías se polariza hasta el extremo y no encuentra resolución simbólica en el campo de la política democrática; en coyunturas en las cuales la discusión pública sobre la verdad de la sociedad es sustituida por la verdad social revelada por Dios, el caudillo o líder populista en turno, en esos momentos el fantasma de la demagogia y del demagogo aparece, erosionando inevitablemente los dispositivos institucionales y simbólicos de la democracia (Rodel, Frankenberg y Dubiel, 1997). La democracia, hay que decirlo, todavía no ha descubierto la vacuna contra el virus de la demagogia. Por el contrario, parece que el destino de la democracia, como sabía Aristóteles, está trágicamente ligado a la demagogia.

¿Qué hacer? ¿Qué medicina puede ofrecerse al virus demagógico que ha contagiado a las democracias del siglo XXI, especialmente a la norteamericana? Identifico, por lo menos, dos grandes respuestas a este virus. No son las únicas, pero sí me parecen ilustrativas del debate que se ha abierto en la actualidad en los circuitos intelectuales y académicos. Por una parte, se encuentra la respuesta técnica, identificada con el programa neoliberal; y, por la otra, la respuesta cívica-democrática, asociada con el programa republicano. El neoliberalismo ofrece la respuesta *platónica* y *antidemocrática* al problema del contagio demagógico de la democracia. El pueblo no puede decidir por sí mismo sobre los asuntos que le conciernen porque es ontológicamente incompetente para los problemas públicos, ya que, recordemos, carece de juicio político. La alternativa frente al infantilismo popular ya no es, como en Platón, el gobierno de los filósofos-guardianes, sino el gobierno de los técnicos-expertos: “Al demagogo que se aprovecha de la incapacidad del *demos* para satisfacer su propia sed de poder, hay que contraponerle un técnico científico que cuente la verdad a los ciudadanos, incluso a costa de resultar impopular” (Pazé, 2016, p. 118). El programa neoliberal, asociado normalmente a las doctrinas de Hayek y Friedman, brinda una fundamentación de la política democrática a partir de una técnica del ejercicio del poder, sustentada en una racionalidad económica que idealiza el libre mercado y las libertades

⁷ “Hoy no estamos transfiriendo el poder de una administración a otra, o de un partido a otro, sino que estamos transfiriendo el poder de Washington, D.C y devolviéndoselo a ustedes, el pueblo estadounidense”.

económicas y sataniza el Estado y sus formas de intervención. Este modelo de gobernar asume la auto-regulación del libre mercado como único modelo de gobierno eficaz. En lugar de operar con patrones más tradicionales y perseguir el bien común, promoviendo el desarrollo de la justicia social, los neoliberales pretenden aplicar al gobierno de la política técnicas extraídas del mundo de los negocios y del comercio. Técnicas que se traducen en un conjunto específico de medidas políticas presentadas con ropaje económico: *a)* desregulación de la economía; *b)* liberalización del mercado y de la industria; y *c)* privatización de las empresas estatales (Steger y Roy, 2010). Bajo esta mirada instrumental, el contagio demagógico de la democracia no es irreversible, sino que puede remontarse si se recurre al auxilio de la tecnocracia política. No es un problema de moral pública, diseño institucional o correlación de fuerzas sociales, sino que es un asunto de ingeniería política que puede ser descifrado por los nuevos “guardianes” de la política: los técnicos.

La otra respuesta a la epidemia demagógica es la republicana. El republicanismo, en efecto, ofrece la respuesta *aristotélica y democrática* al virus de la demagogia. En palabras de Aristóteles (*Política*, 1292a): “Y aun pudiera razonablemente censurarse esta democracia (demagógica) si se dijese que no es verdaderamente una república o gobierno constitucional, porque donde las leyes no gobiernan, no hay república. La ley debe ser en todo suprema, y los magistrados deben únicamente decidir los casos particulares, y esto es lo que debemos tener por república” (Aristóteles, 2000, p. 115). En principio, el republicanismo de hoy reconoce que la política democrática tiene un estatuto conflictivo y complejo, irreductible a cualquier líder demagógico o programa técnico. Los deseos de dominación de los poderosos, sostiene el Maquiavelo de los *Discursos*, inevitablemente se enfrentan con los deseos de no dominación de los débiles o el pueblo. La política democrática, por tanto, no puede permanecer ajena a las pulsiones inagotables de poder, riqueza y fama que tienen (tenemos) los individuos. Si esto es cierto, ¿qué podemos hacer para evitar que las pasiones y deseos humanos desemboquen en una guerra hobbesiana de todos contra todos? La respuesta republicana se encuentra en el recurso de la ley, es decir, en el gobierno impersonal y, al mismo tiempo, sintetizador de la República. Para salvar la tiranía de la mayoría que entroniza formas de demagogia, y sortear, de paso, el peligro del gobierno tecnocrático de la política, la fórmula mixta del gobierno de la República descansa en la soberanía de las leyes como expresión y garantía política del interés común (Ortiz Leroux, 2014). Ciertamente, la República es una forma singular de Estado que se construye alrededor del llamado *iuris consensus*, es decir, de un consenso alrededor de la figura impersonal de la ley que sintetiza los intereses tanto de la mayoría como de las minorías. Sin embargo, ese consenso social alrededor de la ley es, por definición, provisional, ya que se encuentra sometido a las contingencias de la lucha, pasiones e intereses entre quienes quieren dominar y quienes no quieren ser dominados.

¿Y por qué tanta importancia en las leyes? Porque las leyes que atienden el interés común, en clave republicana, son un buen antídoto para desnudar a los aduladores del pueblo, para romper el vínculo vicioso, perverso y sado-masoquista entre líder y pueblo y, con ello, garantizar que las condiciones de vida y de bienestar de los miembros de la sociedad no sean resultado de la voluntad, generosidad o doble cara de un individuo carismático, extraordinario y providencial, sino sean producto, más bien, de la confrontación entre deseos e intereses sociales contrapuestos, que encuentran una síntesis política y provisional en la figura impersonal de la ley. La democracia de hoy no precisa de demagogos ni de pueblos encantados. Requiere, por un lado, leyes e instituciones que garanticen el bien

común por encima de los intereses particulares de los muchos (demagogia) o de los pocos (oligarquía), y, por el otro, ciudadanos que participen por sí mismos en la cosa pública porque ya no se reconocen en el espejo de los encantadores de serpientes. Tarea sencilla de enunciar, pero difícil de concretar.

Bibliografía

- ABELLÁN, J. (2011), *Conceptos políticos fundamentales. Democracia*, Alianza Editorial, Madrid.
- ARISTÓFANES (2001), *Los caballeros*, Editorial Océano, México.
- ARISTÓTELES (2000), *Política*, introducción, versión y notas de Antonio Gómez Robledo, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- BEALEY, F. (2003), "Bonapartismo". En: BEALEY, F., *Diccionario de Ciencia Política*, Madrid, Ediciones Istmo, pp. 44-45.
- CANFORA, L. (1994), *Demagogia*, Selerio, Palermo.
- CASTORIADIS, C. (2005), *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona.
- CRESPO, J. A. (1988), "Los usos del discurso oficial en México", *Estudios. Filosofía, Historia, Letras*, núm. 15, invierno, ITAM, pp. 51-68.
- DEL ÁGUILA, R. (1998), "Los precursores de la idea de democracia: la democracia ateniense". En: DEL ÁGUILA, R., VALLESPÍN, F. y otros, *La democracia en sus textos*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 15-31.
- FERRAJOLI, L. (2011), *Poderes salvajes. La crisis de la democracia constitucional*, Editorial Trotta, Madrid.
- GALLEGO, F. (2006), "Populismo latinoamericano". En: ANTÓN MELLÓN, J. (ed.), *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Madrid, Editorial Tecnos, pp. 271-285.
- HELD, D. (1992), *Modelos de democracia*, Alianza Editorial, Madrid.
- KRAUZE, E. (2005), "Decálogo del populismo", Periódico *Reforma*, México, 23 de octubre.
- MARTÍNEZ CACHERO, L. A. (1987), "Demagogia". En: AAVV, *Diccionario UNESCO de Ciencias Sociales II*, Barcelona, Editorial Planeta-De Agostini, pp. 644-645.
- MOLINA, I. (2007), "Populismo". En: MOLINA, I., *Conceptos fundamentales de Ciencia Política*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 99-100.
- O'DONNELL, G. (1999), *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Ediciones Paidós, Buenos Aires.
- ORTIZ LEROUX, S. (2014), *En defensa de la República. Lecciones de teoría política republicana*, Ediciones Coyoacán / Grupo de Investigación de Teoría y Filosofía Política, México.
- PAZÉ, V. (2016), "La demagogia, ayer y hoy", *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 13, núm. 30, enero-abril, Colegio de Humanidades y Ciencias Sociales de la UACM, pp. 113-132.
- PIKETTY, T. (2014), *El capital en el siglo XXI*, Fondo de Cultura Económica, México.
- PLATÓN (2011), *Diálogos. República*, traducción y notas de Conrado Eggers Lan, Editorial Gredos, Madrid.
- RODEL, U., FRANKENBERG, G. y DUBIEL, H. (1997), *La cuestión democrática*, Huerga y Fierro editores, Madrid.
- ROSANVALLON, P. (2006), *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, Éditions du Seuil, Paris.
- STEGER, M.B. y ROY, R. K. (2010), *Neoliberalism. A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford.
- VALLENILLA LANZ, L. (1990), *Cesarismo democrático*, Monte Ávila, Caracas.

- WEBER, M. (2004), *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- ZUCCHINI, G. (1987), "Demagogia". En: BOBBIO N., MATTEUCCI N. y PASQUINO G. (eds.), *Diccionario de política*, México, Siglo Veintiuno editores, pp. 439-441.